

La Cultura del Maestro determina el Progreso de la Escuela

El 15 de agosto de 1937, en la IIa. Convención de la Federación Venezolana de Maestros, celebrada en Barquisimeto, cuando el Presidente de dicha Institución, el Dr. Luis B. Prieto F., informaba a los convencionistas sobre la muerte de Miguel Suniaga decía: "El 18 de diciembre del año pasado, cuando regresaba de Lara, a donde vino en misión inspectiva de los servicios de educación obrera, que estaban bajo su dirección, encontró la muerte en un recodo del camino donde se volcó el automóvil, el compañero Miguel Suniaga, Secretario de Publicaciones en el Consejo Directivo Central y uno de los más recios militantes de la F. V. M. Su espíritu se forjó en las luchas del Magisterio y cuando todos decaíamos, su entusiasmo desbordante, su ecuanimidad, encendían nuevos bríos en el decaimiento general. Con su muerte sufrió la F. V. M. una pérdida irreparable". Algunos días después de la trágica desaparición del distinguido maestro, el diario "Ahora" de esta ciudad publicaba el luminoso artículo suyo que insertamos a continuación y que consideramos de oportuno contenido orientador para el grupo de egresados que forma parte de la promoción de maestros y profesores del presente año y a quienes se les ha honrado con el nombre del noble y esforzado educador (N de la D.)

Mientras más culto sea el maestro, mientras más amplias miras orienten sus acciones, tantos mayores beneficios obtendrá el niño en la escuela y tanto más pronto irán integrándose el carácter nacional y destacándose las formas que particularizan las nacionalidades, si es que ese maestro sabe hacer que su cultura se refleje e influya en la personalidad naciente del alumno.

Cuando la rutina enerva y anquilosa la mentalidad del maestro y hace de él un instrumento monocorde que diariamente y con una imperturbabilidad invariable va emitiendo su dosis de fastidio, la escuela se convierte en un poste de tortura levantado para atar la actividad del niño y hacer de éste un autómatá, cuyos movimientos están regulados, con matemática precisión por el capricho de un adulto que se ha tomado a sí mismo por modelo y que actúa con los niños como si estuviese con individuos de su misma naturaleza, de sus mismas aspiraciones y de igual constitución mental que la suya.

Por el contrario, cuando el maestro aprovecha las oportunidades para fortalecer su cultura, para aumentar el caudal de sus conocimientos y ponerse a tono con los adelantos científicos, con las conquistas que la pedagogía experimental incorpora a las ya realizadas, entonces el ambiente de la escuela cambia de inmediato porque el maestro se humaniza y al hacerlo su punto de vista de adulto desciende al plano de la infancia, impulsa los resultados, prevé las consecuencias y resuelve proceder de acuerdo con los intereses vitales del niño, con esos intereses que ahora sabe absolutamente alejados del mundo en que él se desenvuelve y completamente opuestos a sus querencias y aspiraciones.

Para llegar a esta comprensión, para ser capaz de adaptarse al mundo del niño, desarraigándose completamente, y por intervalos del propio, necesita el maestro haberse identificado con los sentimientos de universalidad que rigen la naturaleza pensante. Estos sentimientos crearán en él un deseo perenne de hacerlo todo de acuerdo con los ideales de concordia y amor que despiertan el estudio de las actividades naturales del niño y de sus necesidades presentes.

El docente cultivado transita rutas diametralmente opuestas a las que trilla el tradicionalista. Para éste, las travesuras del niño merecen represión, sean cuales fueren los aspectos y las circunstancias en que éstas se cumplieren. No caben atenuantes, las circunstancias siempre son condenatorias, puesto que entrañan, según su criterio, un atentado contra la disciplina regresiva, que consideran, de buena fe por cierto, como suma expresión de bien, como lo más acabado para lograr la verdadera preparación de sus educandos. Con este procedimiento, empero, destruyen toda iniciativa del niño, hacen que su actividad se adormite



Miguel Suniaga

sobre las páginas de un libro y forman de esta manera caracteres retraídos o elementos que observan, a pesar de todas las represiones, una pésima conducta en las aulas, por ser ésta la forma que encuentran más a la mano para descargar su contenida necesidad de acción.

La actividad del niño no puede coartarse. Las vías de acción no pueden en ningún instante ser obstruidas sin que la naturaleza proteste de tal obstrucción, porque ellas forman en realidad los canales por los cuales habrán de correr en un ir y venir todas las incitaciones - exteriores e interiores - que determinan la adquisición paulatina de aquellos elementos que más luego integrarán el contenido consciente de la vida futura, allá cuando la adolescencia comience a fijar los caracteres de la personalidad.

El conocimiento de todos estos pormenores capacita al maestro para un estudio detallado de sus alumnos, estudio que le permitirá demarcar la ruta a seguir en la formación espiritual y física de éstos. Es preciso comprender que existen detalles, al parecer nimios, que son en realidad verdaderas revelaciones para aquellos maestros capaces de desentrañar el significado que ellos tienen para la educación del niño, ya que exteriorizan una tendencia, una forma de acción, que es necesario desarrollar o inhibir. Cuando no se tienen en cuenta estos detalles, se incurre en un grave error que puede en muchos casos originar falsas interpretaciones por parte del educador, las cuales pueden inducirlo a realizar prácticas cuyas consecuencias futuras serían difíciles de prever.

La misión del docente no consiste - y esto se ha repetido muchas veces - en dictar un número determinado de lecciones enmarcadas dentro de las rígidas normas de un programa, sino en procurar que esas lecciones, objeto de la instrucción, influyan directamente en el niño, hasta conseguir por su intermedio que éste logre educarse.

Las lecciones tomadas como disciplinas educativas no pueden bajo ninguna forma estar integradas por una verborrea cansona e interminable. Para poder enseñar una ciencia, el maestro necesita conocerla, necesita haber bebido en sus fuentes abundantemente ya que el "método del que enseña una ciencia que conoce superficialmente es el memorismo, que imbuye a los escolares definiciones y clasificaciones vacías. Profundizar una ciencia es saber enseñarla mejor". Porque el que se profundiza en una ciencia sabe el valor que ella tiene dentro del "organismo total de la cultura" y sabiéndolo, lo aprovecha para forjar la cultura general de sus alumnos y con ella la cultura integral de la humanidad.

Maestros preparados, maestros cultos, son necesarios para que la

escuela pueda incorporarse a la marcha del progreso. La cultura magistral determina indiscutiblemente la reforma de la escuela. Nada se lograría imponiendo a las escuelas nuevas orientaciones, si los maestros no son capaces de comprenderlas, ni están debidamente preparados para seguir las en la trayectoria que lógicamente habrán de recorrer hasta su definitiva adaptación al carácter nacional.

No son las Escuelas Normales las que hacen los maestros, los maestros se hacen con la profundización de la propia cultura. "El verdadero maestro es el que se hace en la escuela viva, adueñándose en cada momento, mediante un acto espiritual nuevo, de las múltiples relaciones espirituales que nacen de la educación: entre él y los alumnos, o como discípulos individuales, o como clase; entre él y el organismo escolar de que forma parte (relaciones con los colegas, con los discípulos, con el director); entre él, como conciencia directora de sus discípulos y sus familias, o como suele decirse, su ambiente".

Es necesario penetrarse de que la práctica aislada no hace verdaderos maestros; la práctica es método y "el perfeccionamiento metodológico no puede darse como separado del perfeccionamiento de quien enseña: en todos los grados de la cultura va implícita una metodología".

Es preciso hacerse, cultivarse, madurarse, forjar dentro de sí un conocimiento sólido, en donde las verdades científicas son vértebras de una sola columna y que esa columna vertebrada tenga como objetivo sostener y acrecentar la cultura y el progreso de un pueblo, cultura y progreso que están regulados por la escuela, suprema cinceladora de nacionalidades.

Del diario "Ahora",
22-12-36.